

La salvación de Jesús el Cristo en el diálogo de las religiones

Andrés Torres Queiruga

Profesor de Filosofía en la Universidad de Santiago de Compostela

1. El desafío y la oportunidad del pluralismo religioso

Situada en el núcleo mismo de la experiencia cristiana, la cristología se ve siempre íntimamente afectada por cada cambio profundo que se produce en la experiencia general humana; más todavía, si esta incide de manera directa en lo religioso. Y no cabe duda de que la nueva conciencia del pluralismo, nacida del encuentro real entre las distintas religiones y de la consiguiente necesidad de diálogo entre ellas, está exigiendo un replanteamiento profundo de algunos aspectos de la comprensión cristiana de la salvación realizada en Jesús el Cristo.

Pensar que el nuevo repensamiento obliga a echar por la borda toda la riqueza acumulada en una larga tradición de vivencia y reflexión, de devoción y de praxis, nacidas del contacto íntimo con Jesús de Nazaret y su mensaje, sería incurrir en la típica superficialidad de los historicismos apresurados. Por la misma razón, oponerse a todo replanteamiento, creyendo que toda innovación supone una negación, indica muy poca confianza en la profundidad y firmeza de la fe cristológica. Una fe que ha sabido atravesar la historia, actualizándose como experiencia viva: capaz de responder a los nuevos desafíos, aprovechar las nuevas posibilida-

des y fecundar las nuevas circunstancias. Dos actitudes que toda teología sería debe esquivar, sin renunciar a su marcha por difícil que pueda ser adentrarse por “mares nunca antes navegados”.

No resulta fácil, desde luego. La nueva conciencia de la presencia salvadora de Dios en todas las religiones, proclamada con cierta timidez en el Vaticano II, pero amplificada por la recepción cordial de su doctrina en la conciencia espontánea de la comunidad y en la reflexión sistemática de la teología, *ha roto el esquema imaginativo* que dominaba la visión del problema. Si, según ese esquema, la salvación había acontecido en el acto único de la cruz –tégase en cuenta que hablo del imaginario, no de los matices reflexivos¹–, resultaba claro que era una posesión de los cristianos y que sólo desde ellos podría después extenderse a todos los demás, que vivían en la(s) “religión(es) natural(es)”. Afirmar que Dios sólo se había hecho presente en Cristo y que sólo en él podía encontrarse la salvación, era entonces una conclusión obligada.

Y lo cierto es que, a pesar de todo, esa convicción de fondo ha alimentado la vivencia cristiana tradicional. Lo que nos lleva a una importante reflexión, pues obliga a distinguir niveles en el discurso. Por un lado, no puede decirse que sea falsa sin más, pues para haber logrado eso tiene que encerrar una profunda “verdad religiosa”. Pero, por otro, tampoco cabe sostenerla en su literalidad, sino que exige un repensamiento y una reformulación que, recuperando esa verdad, la introduzca en las nuevas coordenadas culturales. Algo que ya no es posible realizar repitiendo las viejas categorías, pues, como vigor dijera Francis Bacon, “sería insensato, y contradictorio en sí mismo, pensar que es posible hacer lo que hasta ahora nunca se ha hecho por procedimientos que no sean totalmente nuevos”². Sólo cabe avanzar mediante el recurso a nuevas categorías, cuyo significado y profundidad no podemos todavía calibrar en toda su consecuencia. Aquí voy a intentarlo centrándome en dos a las que llevo cierto tiempo dedicando especial atención: el “pluralismo asimétrico” y el “teocentrismo jesuánico”³. No las considero acabadas ni mucho menos, pero creo que pueden aportar alguna claridad a un problema que todavía deberá ocuparnos por mucho tiempo. Contrastaré el *significado* que pretenden vehicular con la *letra* de la verdad religiosa que intentan retraducir.

1 Pero véase cómo esto trasparece incluso en las palabras (y no pocas veces en los planteamientos) con que un gran teólogo empieza su último libro traducido al castellano: “El Evangelio, que narra la historia de Jesucristo como historia del origen de una gran alegría para todo el pueblo (Lc 2,10), es, en su forma más característica, un mensaje tan sencillo como revolucionario: es *la palabra de la cruz* (1 Cor 1,18) que, en virtud de la muerte de una sola persona, promete a todos los hombres la vida” (E. Jünger, *El Evangelio de la justificación del impío. Estudio teológico en perspectiva ecuménica* [original, 1999], Salamanca 2004, 22).

2 *Novum Organum*, I, 6.

3 Para una fundamentación más detallada de lo que en este trabajo resultará muchas veces demasiado esquemático, remito a mi tratamiento más amplio en *Diálogo de las religiones y autocomprensión cristiana*, Sal Terrae, Santander 2005 (original gallego, Ed. SEPT, Vigo 2005)

Lo haré desde una decidida asunción del *sentido histórico*. En una doble dimensión. Primero, en cuanto doy por descontado que la ampliación del *tiempo* de la existencia humana (acaso medio millón de años, frente a los seis mil bíblicos) y del *espacio* que ocupa (planeta tierra, frente a *ecumene* mediterránea) refuerzan hasta la evidencia innegable la convicción de que Dios no pudo reducir su presencia salvadora a un pequeño grupo, sino que ha estado siempre y en todas partes tratando de revelarse a la humanidad y de salvarla; y que, en consecuencia, se impone partir de la admisión de un *pluralismo* salvador que, *en cuanto accesible a nuestro conocimiento histórico*, no tiene (o no siempre tiene) relación con Jesús de Nazaret. Segundo, que a su vez ese mismo sentido histórico nos ofrece hoy los medios para una nueva comprensión capaz de hacer justicia tanto a la continuidad como a la diferencia.

2. Pluralismo asimétrico / "En él habita la plenitud"

2.1 La inevitable asimetría

En principio, pues, el pluralismo es una evidencia cultural, y no extraña que goce de la simpatía espontánea, unida incluso a un cierto rechazo del pasado: "Desde los comienzos de esta problemática, muchos cristianos nobles se sintieron incómodos ante las innegables intolerancias del cristianismo histórico"⁴. El problema, pero problema importante, reside únicamente en el sentido y el alcance de ese pluralismo.

Convertirlo en una igualación sin diferencias o en mínimo común denominador, donde *anything goes* y todo vale lo mismo, puede agradar a primera vista, pero no aguanta el examen crítico. Lo muestra un realismo elemental. Tanto en la vida como en la historia, la desigualdad en los logros es una constante de nuestra finitud: ni todas las obras científicas o literarias alcanzan la misma altura, ni todas las filosofías son igualmente profundas..., ni todas las religiones llegan al mismo grado de hondura y pureza. Esto vale con toda evidencia en la dimensión *diacrónica*: por eso hay evolución no sólo en las religiones sino dentro de cada religión, empezando por la bíblica, donde (también en ella) ha habido sacrificios humanos, exterminio religioso, politeísmo, dios vengador..., que se han abandonado por considerarlos como pertenecientes a estadios más imperfectos. Y, lo que es más importante para nuestra reflexión, vale también *sincrónicamente*, pues en una misma época, en una misma cultura y en una misma religión conviven y compiten propuestas de valor desigual: basta pensar en que el rol fundamental de todo movimiento profético y de su lucha para purificar y profundizar la religión establecida consiste justamente en criticar la forma religiosa reinante *para avanzar* sobre ella.

Para poder leer todo el artículo y los demás, suscríbese a Iglesia Viva (papel e Internet: 42 € . Internet solo: 30 €) o compre este número (10 €). Para ello, ver ofertas y modo de suscripción en www.iglesiaviva.org
----- O escribir un e-mail a: revista@iglesiaviva.org -----